Los garcilacistas

Garcilaso: el *Trionfi* de un pensador cusqueño*

Los estudios garcilacistas, entendidos en el sentido que se entiende los estudios cervantinos, gozan de muy buena salud. *Los Comentarios Reales* y el propio Garcilaso de la Vega, su vida, el sentido de su obra, retornan cada cierto tiempo, regularmente, al debate sobre el destino del Perú. Esa predilección, en cada ocasión, marca un tiempo peruano, una estación habría dicho Mariátegui, a menudo una corriente, a veces a una generación por entero. Cuatro siglos más tarde, pocos libros son tan comentados como *Los Comentarios Reales*. Singular vigor, porque el interés que despierta no concierne únicamente a eruditos e historiadores, lo cual resultaría, finalmente, fácil de entender. Concierne también a políticos, a estudiosos de la prosa, de la historia de las ideas, y últimamente a psicoanalistas. No es de lamentar, todo lo contrario. Pero no puede dejarse de observar que no solamente *Los Comentarios Reales*, *La Florida del Inca, sino* la traducción del poema de León el Hebreo, son centro de miradas varias, persistentes. Y últimamente, el autor mismo, Garcilaso, tópico y maraña por descifrar.

---

* Para Jacob Burckhardt, el gran historiador del Renacimiento, la potencia económica de las repúblicas italianas en el siglo XV al XVI, es decir, Venecia, Pisa, Florencia, giran en torno a sus fiestas, que eran numerosas, a los *Trionfi*. El concepto abarca procesiones, juegos, celebraciones, la vida social por entero, en torno a una gloria personal, un gran comerciante, un condotiero victorioso, un artista, a alguien que su voluntad creativa, llevaba a algo excepcional. La vida del Renacimiento giraba en torno de los continuos *Trionfi*. La idea sobrepasa a la de fiesta de nuestros días. Venecia, siendo una ciudad de comerciantes-señoriales, celebraba todo el año, *Trionfis*, o procesiones alegres y vivaces. Burckhardt hace del *Trionfi* el signo de la libertad creadora del Renacimiento, y a la vez, el signo de una sociedad muy rica que no pasó al capitalismo, no se acumulaba. Se gastaba. Celebrar a Garcilaso como un *Trionfi* lo sitúa en su tiempo. En el Renacimiento.

Es a Bergson a quien se le atribuye esta idea: «todo filósofo tiene dos filosofías, la suya, y la de Spinoza». ¿Es Garcilaso, para afirmarlo o negarlo, nuestra referencia ineluctable? Ahora bien, aparte la frecuentación reiterada, hay diferencia en los propósitos de ambos autores. La ambición de Spinoza «El marrano de la razón», es conocida. Es propuesta de teología política que trasciende a las religiones, incluyendo la judía a la que había renegado y a la cristiana de la que también es expulsado, doble convicto, hoy frecuentado por todos los que les interesa su concepto de la libertad y esa idea panteísta de un Dios que se diluye en el mundo mismo. Otra es la del cusqueño que se apaga mansamente en Córdoba, que vive como devoto cristiano y no aspira a alguna lectura herética, que por el contrario redacta a tiempo su testamento, arreglando sus terrestres débitos. Al juvenil demandante en Corte, al guerrero de las Alpujarras, al capitán hispano con «cuatro conductas», los años de quietud de Sevilla y de Córdoba, lo vuelven humanista sosegado que se recluye para escribir. Si bien había aprendido el latín de niño, en el Cusco, enseñado por su ayo Alcobaza como él mismo lo describe, y frecuentado más tarde los eruditos españoles, y aprendido el toscano (acaso después de conocer Italia) será admirable prosista, sin duda alguna, y hombre de varias culturas, pero no se toma por un filósofo, al contrario. Porras y Riva Agüero, que son el núcleo fuerte de una de esas miradas sobre Garcilaso que examinaremos, sospechan que se pasó la vida estudiando, consciente que no había adquirido sino tardíamente la sapiencia humanista que luego lo colocará a la par que los grandes de su tiempo. Por eso escribe en el atardecer de su existencia.

El parangón con Spinoza no es en el nombre de una doctrina, sino por ser ambos centro de constante reapa-

rición. Garcilaso, ora historiador Inka, ora mestizo, indio, criollo, renacentista, ora por la necesidad en algunos de denegarlo, portador de una versión imperial y dominante, ora esperanzadora, un «imperio socialista». Pero siempre, retomado o rechazado, bendecido o sospechado, reliquia o novedad, siempre como referente, por razones propias a nuestro devenir intelectual y político. A veces, en torno suyo, se arman querellas localistas, a lo sumo de un tipo de saber especializado, con visos de disputas departamentalistas de universitarios entre sí, y algo tienen de eso. Pero más allá de intenciones a menudo profesorales, pueda que con Garcilaso vayamos, pese a todo, de lo particular a lo universal.

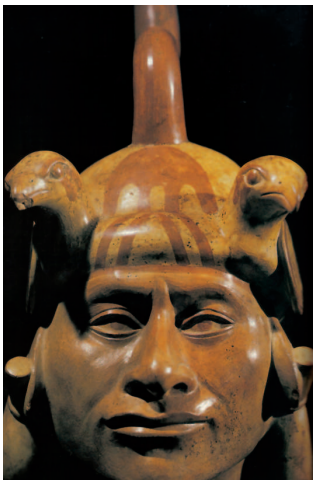
Preocupaciones mayores, suerte de metahistoria, no le faltaban. En la Europa en la que habita, Tomás Moro ya ha escrito su *Utopía,* y Garcilaso, pensador, es del tiempo de Montaigne, no hay que perder esa coetaneidad de vista. Por lo demás, ninguna polémica histórica, en días del Renacimiento, deja de ser un saber político. ¿Así, pues, qué significa que su obra personal sea la defensa de los Incas civilizados antes de los cuales solamente hubo barbarie y behetría, versión que le han corregido, en nuestros días, diversas investigaciones? ¿Mero alegato presentista debido a sus intereses dinásticos de demandante despechado o inclusión en un discurso mayor, de filosofía de la historia, de teleología agustiniana? ¿Y no es cierto que el Inca historiador insiste, como lo señala Pierre Duviols, en situar a los Incas como instrumentos del Dios cristiano? Aun así, ¿no estaremos encerrando a Garcilaso en las teodiceas y polémicas de su tiempo? Y de nuevo, ¿por qué su constante retorno? ¿No será acaso que Garcilaso, más allá de lo dicho, toca algún aspecto tan evidente y a la vez tan universal, que trasciende su uso como fuente histórica o su destino mismo de escritor que no regresa más al Cusco de su infancia, lo que secretamente nos conmueve? Hablemos claro, hagámonos la pregunta digna de esta ocasión del IV Centenario. ¿Por qué lo sentimos tan cercano, tan actual, tan contemporáneo?

De las interrogaciones anteriores, acaso la más sencilla de responder sea aquella que concierne a las relecturas de la

obra de Garcilaso según la evolución de las mismas ciencias históricas. Siendo una fuente —como cronista postoledano lo clasifica Porras— es claro y evidente que el saber histórico se renueva constantemente, no solo en métodos, sino en la definición misma de fuente. La historia como saber cambia de objetivos, de hipótesis. Fiel a cada tiempo, lee en el pasado no solamente de modo diferente, sino que lleva al pasado otras cuestiones. ¿Pero esto significa que la posteridad de *Los Comentarios Reales* ha dependido exclusivamente de las mutaciones de una disciplina, la historia? No lo parece. Desde una perspectiva de conjunto de las obras garcilacistas —las varias lecturas— se comprobará que otras ciencias humanas, otras racionalidades, se han inclinado sobre la obra que se imprimió en 1609. La historicidad de Garcilaso es más que la de una fuente histórica como las otras. Ni Cieza, fuente de primer orden, ni el inmenso José de Acosta, autor de una sólida documentación sobre los indios del Perú que pudo observar, como sacerdote jesuita, más tiempo y en mejores condiciones que nadie, han merecido tal atención. Se dirá entonces, que no eran autores mestizos. Razonemos, los hubo en México, descontemos los estudios sobre los Codex, por anónimos. Pero hay un Ixtlilxochitl, historiador mexicano, que utilizó como fuente de información los manuscritos en lengua nahuatl, los códigos pictóricos e incluso la tradición oral, puesto que Fernando de Alba Ixtlilxochitl, era también un mestizo de sangre real, de padre español, y madre cuyos ancestros eran los reyes-poetas Netzahuacoyotl, y Netzahualpilli. Pero no hay en México ni culto ni polémica en torno a este hermano gemelo de Garcilaso de la Vega, el Inca.[1] ¿Un Garcilaso mexicano? La verdad es que no. Falta, además de ese don por la cuita personal del peruano, el estilo, esa huella del gran castellano del siglo XVI que sí está en Garcilaso. A Ixtlilxochitl ningún investigador mexicano se le ha ocurrido llamarlo «clásico de América», pero a Garcilaso sí, sin que disuene. En fin, una de las razones por las que Garcilaso es temática constante lo ha dicho a su hora Aurelio Miró Quesada: «Es el primer (escritor) peruano que tiene una misión: asciende desde la crónica… a preocuparse por más hondos problemas» (1945). En suma ¿discusión de

Garcilaso fuente, o perennidad por el estilo y la misión? Eso es lo que vamos a examinar.

Un sino paradójico acompaña a la obra de Garcilaso durante cuatro siglos. De alguna manera, no es caer en la hagiografía (en especial, durante un Centenario) decir que muere reconocido, respetado. Seamos realistas, es autor editado en vida, *La Florida del Inca* (1605), y dice con elocuencia la portada «Escrita por Inca Garcilaso de la Vega, capitán de su Magestad, natural de la gran ciudad del Cozco, cabeza de los Reynos y provincias del Perú». La reeditan en 1685, 1723, 1829 y 1925. La traducen al francés cinco veces, 1670, 1707, 1709, 1731, 1735. Y tantas otras veces al alemán y al flamenco, 1753, 1758, 1794, 1796 y en 1931.[2] En cuanto a *Los Comentarios Reales*, la Primera Parte, en vida de Garcilaso, en 1609. La Segunda Parte, con nombre distinto, en la que trata del «descubrimiento del Perú y como lo ganaron los españoles», en 1617. Cuando Garcilaso no era más de este mundo. Pero, esta segunda parte es republicada pronto, en 1722, la primera y en 1723, y luego, *Los Comentarios Reales,* sucesivamente, en 1800, 1829, y en 1918-20, con anotaciones del historiador peruano Horacio H. Urteaga. A primera vista, se trata de un rotundo éxito. El lector apreciará, no obstante, un vacío, de 1723 a 1800.



Tiene explicación. En 1782 la administración española prohibe *Los Comentarios*… que pasa por ser una obra incitadora del indigenismo. Es la sombra de la gran revuelta de José Gabriel Condorcanqui. Pero, como lo señala Pierre Duviols, esa Primera Parte, dedicada a los señores Incas, inspira en el XVIII novelas, óperas e inspira a los «filósofos de la Ilustración, que la leyeron y la aprovecharon. En los Andes había existido una organización social ejemplar».[3] De ahí lo de paradójico. El segundo destierro de Garcilaso fue de las bibliotecas americanas bajo los Virreyes. En el siglo XIX, de

nuevo será discutido, esta vez por historiadores republicanos, por su contenido utópico. El siglo veinte, por lo tanto, tendrá sus inspiradores en su relato de la vida incaica y en otro libro, el del francés, Louis Baudin, *El imperio socialista de los Incas*. ¿Cabe mencionar las traducciones que tuvo antes de llegar la Independencia? Al inglés en 1625, 1688, 1869-71. La primera al francés es de 1633, luego, 1650, 1658, 1702, 1715, 1737, 1830. Algunas de estas ediciones se hallan en el fondo antiguo de la Biblioteca Nacional del Perú. Las hemos examinado recientemente, cuando preparábamos la presente edición, y otra, dedicada a *Joyas de la Biblioteca*. En esa ocasión hemos podido admirar los grabados de época que acompañan las sucesivas ediciones de *Los Comentarios Reales,* lujosas, preciosas, cuidadas. Y en ellas, observamos, el equipo editorial de la BNP, que nunca faltaba alguna estampa con el plano urbano del Cusco; ciertamente, algunos fantaseosos. Es muy probable que conociera esas imágenes Alexander von Humboldt antes de su extraordinaria expedición por las regiones equinocciales de América del Sur. Esas estampas daban la vuelta al mundo. Garcilaso fue, siglo tras siglo, el mejor difusor del esplendor del Cusco, la patria que nunca olvidó.

Leído, admirado, controvertido, los tiempos republicanos no han sido tampoco parejos en el aprecio a su legado. Es acaso el destino de un clásico, las varias lecturas. ¿No se ha dicho acaso que Homero, autor de *La Iliada*, no existió?[4] ¿En qué nos reúne Garcilaso? En la reflexión sobre la sociedad Inca, los hechos de la Conquista, y en lo que él mismo viene a representar, un símbolo, ante el cual ni las preguntas ni las respuestas son las mismas, y acaso no tengan que serlo. Así, Garcilaso, ha sido considerado *a grosso modo* inca, indio, mestizo, renacentista, criollo, historiador, utopista o «peruano ejemplar». Cuando los furores interpretativos han girado a otros ámbitos, por ejemplo, en torno a la *Coronica* de Guamán Poma de Ayala, la temática vuelve a Garcilaso pero como autor, como personaje central de los estudios contem-

poráneos garcilacistas, como lo examinaremos en breve. De una u otra forma, la producción es enorme. Había por mi parte contado, hace un par de años, unos 186 garcilacistas, deben haber más, y mucho más, con el IV Centenario. Sería un proyecto pretencioso dar cuenta de todos ellos.

He aquí, pues, estas páginas. Tratan de las lecturas múltiples de garcilacistas peruanos y peruanistas. A grandes rasgos y brochazos. Sostengo, pues, sin darles la razón *a priori* ni a unos ni a otros, que ellos configuran una suerte de controversia inacabable sobre Garcilaso, y acaso por eso mismo, un mapa de significaciones de la cultura peruana. La extensa bibliografía que le concierne revela, en efecto, grandes temas no solo históricos sino ideológicos, aquellos que importan de acuerdo a cada generación de peruanos. Para tal tarea, propongo dos operaciones sumarias.

Habría dos bloques mayores de garcilacistas. El primero, data de los estudios de Riva Agüero y se prolonga hasta los años sesenta. Un tramo del garcilacismo en que se destaca, junto a la importancia del escritor, al historiador, y a *Los Comentarios Reales* como fuente histórica (eso decaerá unos años después). Pero, preciso es decirlo, ese período sin duda fecundo desde la perspectiva historiográfica no deja de ser tributario de una idea central. De la construcción imaginaria de una nación de criollos y mestizos en armonía. En consecuencia, ese Garcilaso, si así puede decirse, resultaba el modelo del «peruano integral». Idea que luego es acremente controvertida.

En el segundo bloque, es notorio la disminución del interés por *Los Comentarios* como fuente y en cambio aumenta el valor de Garcilaso por sí mismo, como caso literario y de conciencia de sí. Este segundo bloque no es desdeñable. Garcilaso reaparece como temática, pero como caso humano, interesa entonces su formación y errancia europeas: un cusqueño humanista cogido en la dialéctica de lo propio y lo ajeno, del uno y del otro. Temas de nuestra contemporaneidad. Y no es casual que sobre esto escriban muchos profesores e intelectuales peruanos emigrados, en busca de condiciones mejores para su desenvolvimiento en tierras

ajenas, un poco como el Inca del XVI. En este segundo tramo, el interés proviene del campo de la lingüística, por la construcción de la prosa; de la antropología, del psicoanálisis, y de la vida actual por aquello de los conflictos interculturales de nuestros días.

I. Los garcilacistas clásicos

El siglo XIX, en su postrimería, no entendió a *Los Comentarios Reales*. Las grandes rectificaciones se inician con los trabajos de José de la Riva Agüero. Se le había concedido, anteriormente, un valor literario. Es el punto de vista de Marcelino Menéndez y Pelayo, «hijo de un conquistador de ilustre linaje montañés, célebre en armas y en letras, y de una india principal, sobrina de Huayna Capac, fue un gran prosista» (Madrid, 1894). Es una buena nota, pero en literatura, «siendo escaso y nulo el caudal literario de la colonia, es verdad que no produjo ningún poeta, pero sí un prosista de primer orden». Este juicio, que es elogio y a la vez vituperio, lo repiten varios autores peruanos, pero claro, de manera asordinada, el poeta Alberto Ureta, entre muchos otros. «Naturalidad, pureza, gallardía y estilo», Javier Prado (1918). Garcilaso poeta, dice Mariano Iberico, «poeta del alma incaica» (1939). En fin, Ventura García Calderón trata a sus crónicas por «el entusiasmo sin jactancia, la curiosidad por la anécdota pintoresca y precisa, la amenidad», como una «epopeya en prosa», lo que imaginó y difundió Cervantes, dice, «la lleva a cabo un indio del Perú» (1925). Esa tendencia, que da y quita a la vez, se continuará hasta bien entrado el siglo XX. Brillante trampa la de la limeñidad, la sobrevaluación del narrador mestizo para soslayar al indio historiador.

Y, sin embargo, desde inicios del siglo, José de la Riva Agüero, establece al lado de la calidad del relato, los varios y sorprendentes valores que se dan en su obra y en el personaje mismo. La cita merece que sea extensa «Garcilaso no es solo el primero de nuestros prosistas en tiempo y calidad, sino la personificación más alta y acabada de la índole literaria del Perú, que logró desde el principio, en este su primogénito, un admirable y fidelísimo intérprete, y que ha

continuado luego manifestándose, aunque con menos lucimiento, en las épocas posteriores. Todo en el Inca Garcilaso, desde su sangre, su carácter y las circunstancias de su vida, hasta la materia de sus escritos y las dotes de imaginación y de inconfundible estilo con que los embelleció, concurren a hacerlo representativo perfecto, adecuado símbolo del alma de nuestra tierra» (1910). Lo de «representativo», trajo cola, la idea de peruanidad integral, como se verá.

Lo que aquí toca decir es que historia, como una manera rigurosa de producción de un tipo particular de conocimientos, como construcción de la razón, un saber en línea directa al propósito kantiano, como «*Geschichte*»[5] que es la palabra con la que la separan, en lengua alemana, del acontecimiento, no la hay en el Perú hasta Riva Agüero. «Puso los cimientos de la historiografía peruana», dirá Raúl Porras, en *Fuentes Históricas* (1954). Lo cual significa que cuarenta años después de los primeros trabajos de Riva Agüero era preciso insistir: «impuso el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas». Porras destaca en Riva Agüero, a despecho de su vida como político, la solvencia, el manejo de las disciplinas conexas a la historia, y en sus primeros libros, «su imparcialidad, su serenidad».

Lo que ocurre es que el momento culminante de Riva Agüero fue 1916, cuando precisamente pronuncia en El General de San Marcos su elogio sobre Garcilaso, pero luego llega Leguía, llega otro tipo de juventud, Riva Agüero se aleja, retorna a la universidad, a la Católica, en 1937, pero ya no es el joven liberal que viaja y escribe en su mocedad *Paisajes peruanos*. Sus compromisos y simpatías políticas que ya no son las de un conservador más, sino que se han encendido hasta abrazar el fascismo italiano, lo cual perturba el enjuiciamiento posterior sobre su aporte a las ciencias históricas. No debería ser así, pero la historia no es una dis-

ciplina ajena a las pasiones, y así, por errores posteriores, se sospecha de la obra entera de un autor. No somos los únicos. Al inmenso Pareto, se le olvidó por un siglo, había cometido el error de irse con Mussolini. Hoy, su *Tratado de Sociología*, tras la violencia de la historia, vuelve a ser *«Geschichte»*. Conocimiento objetivo. Hay algo de común en la deriva de sendos intelectuales. Ambos escriben lo mejor de lo suyo antes de que los arrebatese la pasión política.

A lo mejor de Riva Agüero hay que acudir. Y admitir que desde el punto de vista de la historia clásica, gracias a trabajos anteriores a su gran deriva ideológica, hay un antes y un después en el trato a Garcilaso. Riva Agüero se ocupa de Garcilaso en sendos estudios. Desde 1908 y en 1912, en la *Revista Histórica*. Pero primero en *El carácter de la Literatura del Perú independiente* (1905). En *La historia en el Perú* (1910), su gran tesis, cuando tenía 25 años. Pero su garcilacismo no se atenúa con el tiempo, también hay referencias, precisiones en sus cursos de *Las civilizaciones primitivas y el Imperio Incaico* (1937). Omito otras referencias, no pretendo ser exhaustivo y remito al lector a las *Obras Completas* (1968), que es lo que en este instante tengo ante los ojos.

El asunto es, pues, ¿por qué, a Riva Agüero, le resulta tan importante la obra de Garcilaso? Y naturalmente, ¿contra quiénes lo defiende? Es notorio que «con Garcilaso revisa el conjunto de la historia incaica», señala Porras, tanto como para el período colonial, los cronistas de convento, y Peralta, y Mendiburu. Para él es pieza clave, es fuente, lo que hasta entonces se había discutido o negado. En efecto, el siglo XIX no había entendido a Garcilaso, lo hemos dicho líneas arriba. Conviene ampliar ahora esa afirmación. Riva Agüero, estricto en el principio mismo de la historiografía del XIX, en el análisis de las fuentes, en la crítica heurística, sí acepta la versión de Garcilaso, aunque, se verá, con matices. La historiografía que nos llegó en el XIX, de un siglo en que la historia era la reina de las disciplinas, provenía de escuelas severas, en particular la alemana y la inglesa, para las cuales, la historia es

científica, racional, tanto como las ciencias de la naturaleza. En suma, positivista.[5] Ahora bien, si los textos del catedrático Wiesse en San Marcos eran secos, austeros, «no hablaban ni a la imaginación ni al sentimiento», entonces, comenzaremos a comprender que, en general, la historia positivista del XIX no solo repudió sino encontró inapropiado en grado sumo la manera de historiar del Inca Garcilaso. En primer lugar, sus confesiones, y en efecto, ¿qué texto de Garcilaso no es confesional? Y en segundo lugar, esa carga de emociones, de acentos de protesta o de nostalgia, vamos a decirlo de una vez, de subjetividad.

Pues bien, a Riva Agüero, al revés que sus pares, eso mismo lo lleva a apreciar al cronista cusqueño, precisamente por aquello que otros ven como defecto, la emoción de la tierra, del Cusco. Esos sentimientos no lo invalidaban. La explicación que avanzo es sumaria, pero necesaria. Como lo sabe la historia de las ideas en el Perú, en la sucesión de generaciones, Riva Agüero era parte, si no del espiritualismo que vendría inmediatamente después, sí de la generación que llamamos del «900», como Víctor A. Belaunde, los García Calderón, Óscar Miró Quesada. Para esos pensadores, otra historiografía era, pues, posible. Una historia como ciencia de la explicación, apuntando a la acción humana, pero cuya aspiración totalizante no se opusiese a los imperativos de la vida, al «*Leben*». Ya lo había exigido Nietzsche, en 1871. No hay que pensar, sin embargo, que Riva Agüero acoja por completo la versión histórica de Garcilaso. Lo defiende, como es sabido, de los infamantes ataques de Manuel González de la Rosa para quien el joven Gómez Suárez de Figueroa se había dado ínfulas de traductor del italiano, plagiando la obra del padre Valera como suya, usando papeles recibidos de las manos de los jesuitas, presentándolos como retazos. Pocas veces hemos tenido una carga de caballería en materia historiográfica como la del erudito González de la Rosa, nada quedaba en pie de Garcilaso, ni siquiera su memoria. ¿Cómo un hombre de 60 años, podía recordar tan bien lo que había visto y oído a los 20? No menos feroz fue la respuesta de Riva Agüero, aunque con las amabilidades y usos de época, «mi anciano amigo y contrincante», pero «la calidad y la magni-

tud de ciertas afirmaciones que formula...» y luego, lo hace pedazos. ¿Qué defiende en Garcilaso? Defiende su veracidad, su honestidad, su originalidad. Es, pues, fuente, pero no dice que contenga por completo la verdad.

Si se lee bien a Riva Agüero se observará dos operaciones. Por una parte, paulatinamente se aleja de sus primeras tesis en la que por poco cae en la conocida versión garcilacista de un imperio de dulce régimen en manos de sapientes Señores Incas. Su otra operación es buscar el equilibrio entre las fuentes encontradas, equidistante de unos y otros. No es tiempo ni lugar para indicar meticulosamente cómo se modifica la historicidad del propio Riva Agüero, su propia lectura de *Los Comentarios Reales*, desde *La historia en el Perú*, hasta *Las lecciones sobre la civilización incaica* de 1937. Pero al menos, marcaremos aquí, algunos hitos de distanciamiento.

Al contrario de Garcilaso, no toma al Incario —sin mengua de admiración— por el resultado de un nacimiento ex nihilo, la primera pareja fundadora, etc. No fue una invención, piensa, sino una consecuencia de civilizaciones anteriores. Es decir, da un lugar a Tiahuanaco, tras el acopio de datos filológicos, de la arqueología. No cree tampoco en un Imperio incaico sino en períodos, primero Incas Hurin, luego Hanan. Por razones de su propia extracción de clase, admite sin dificultad esa legitimidad de los Incas venida de los vínculos de la sangre pero también de una suerte de selección, es decir, supone una élite tradicional, la llama «una aristocracia verdadera de sangre, gentilicia y fisiológica». No está de acuerdo con Garcilaso en el tema del monoteísmo, no es Pachacamac el dios invisible de los antiguos peruanos sino Viracocha, y que estuvo desde siempre, no era materia de ninguna evolución. Tampoco cree que no hubo sacrificios humanos y en la materia prefiere al cronista Cieza. Pero he dicho dos operaciones, la segunda es la búsqueda de equilibrio: «Valera y Garcilaso presentan el lado risueño y luminoso del gobierno de los Incas; las informaciones de Toledo, el Padre Cobo y Pedro Pizarro el lado oscuro y disforme. Tan erróneo sería ver exclusivamente este último como lo fue solo atender al primero. Es menester unirlos hasta que se fundan en ese tono

gris que es el de la verdad». En fin, diremos que lo aleja de la idea del poder en los Incas, sus convicciones individualistas. Pero si bien lo ve y concibe como «un imperio despótico y comunista», por sorprendente que nos parezca, aun sin ignorar que fueran «despóticos, crueles, sanguinarios», y sin creer como lo sugería Garcilaso, que no hubieran habido en el Cusco antiguo «conjuras, vicios y desordenes», Riva Agüero, logra «comprender» (concepto weberiano, antes de Weber), hazaña intelectual rara en nuestras eminencias. El incario «tuvo las virtudes y defectos propios a su constitución». Y pensar que ese hombre en sus inicios ecuánime, también se extravía en los furores canibalescos de la politiquería peruana.

Los otros dos grandes garcilacistas, sin duda alguna, son Raúl Porras Barrenechea y Aurelio Miró Quesada. En gran parte Riva Agüero había desbrozado el terreno. Comencemos por el primero. Porras, acaso no se conoce esta inclinación, gustó de ser profesor de literatura tanto como de historia. Además, si a alguna escuela se le puede vincular es con la de Jules Michelet, por el brío del relato intuitivo y la voluntad de estilo. La marca del escritor dice en uno de sus ensayos Luis Loayza. Hay que vincularlo con Fustel de Coulanges por la ambición de una historia racional, es decir, pegada a la lectura directa e interpretativa de las fuentes, pero razonante, capaz de descartar en las mismas fuentes, lo cierto de lo dudoso. Por todo esto, científico y a la vez gran estilista, las emociones del cronista Garcilaso no le parece que lo desacrediten, al contrario. «El inca Garcilaso de la Vega, hijo de un conquistador español y de una ñusta incaica, es no solo uno de los primeros mestizos americanos, sino que es espiritualmente el primer peruano. En él se funden las dos razas antagónicas de la conquista, unidas ya en el abrazo fecundo del mestizaje, pero se sueldan además indestructiblemente, y despojadas de odios y prejuicios, las dos culturas, hoscas y disímiles, del Tahuantinsuyo pre-histórico y del Renacimiento español. La síntesis original y airosa de este sorprendente connubio histórico son los *Comentarios Reales.* Con ellos nace espiritualmente el Perú. La crónica seca y notarial de la conquista, vindica-

tiva o laudatoria, se alumbra de amor en las páginas llenas de ternura y suave emoción del inca Garcilaso, en las que apunta, por primera vez, el sentimiento hondo y subyugante de una patria peruana» (*Cronistas del Perú,* 1945). Obsérvese cómo Porras subraya ciertos rasgos, precisamente los que provienen de la subjetividad, «sentimiento hondo de una patria peruana, la ternura y la emoción».

Porras investigó el episodio de Montilla, fue al lugar, un pueblo andaluz, comprobó que Gómez Suárez de Figueroa fue un buen vecino, el ex pedigüeño en Cortes, el ex soldado, sensato indiano reconvertido a los negocios rurales. Se ocupaba de trigos y de caballos señala Porras. «Años de adaptación, de recogimiento y de estudio». Agregaría, de éxito social, porque debió ser Garcilaso hombre muy cabal puesto que el tío no solamente lo cobija sino lo hace su heredero. A la muerte de la esposa, de la tía, goza de renta y casa. Porras indica que «la amistad con los clásicos», debió haberse proseguido en la casona señorial de los Vargas, en la biblioteca, entre «censos y viñedos». De ahí que, desde esa seguridad y cierta holgura material, ya aparece proyectando *La Florida* y *Los Comentarios Reales*. Un detalle, en Montilla, en 1586, señala Porras, se fecha su primer trabajo, los *Diálogos de amor de León el Hebreo*. A los 46 años. Algo más ha pasado en Montilla. Nace a las letras el Inca Garcilaso, de las cenizas de Gómez Suárez de Figueroa. En su investigación en archivos parroquiales, Porras ve surgir ese nuevo nombre ligado al de un pariente, del poderoso tío, don Alonso de Vargas, luego, de a pocos, bautizo tras bautizo es que el forastero indiano firma la palabra Inca.[6] En otro orden de cosas, Porras sostiene que lo mejor de Garcilaso escritor-historiador es *La Florida del Inca*. Ahí descuella, dice. «Los episodios que le contara el capitán Silvestre... sin inventar nada o agregando solo lo accesorio o psicológico, los dota de una vida nueva y de una sugestión invisible que proviene principalmente de la técnica demorada del relato, de la gracia de los detalles».[7]

En fin, con Porras concluye el debate entre historia seca y testimonio vital. Ha vencido,

dice, «esas dos trincheras de su desconfianza, y *Los Comentarios Reales* serán íntegramente suyos por el alma indígena y la magistral forma española». De alguna manera también con Porras acaba el dilema: Garcilaso «ni inventó ni mintió». Y agrega: «Hoy queda establecido que recogió con exactitud y cariño filiales, la tradición cuzqueña imperial, naturalmente ponderativa de las hazañas de los Incas y defensora de sus actos y costumbres». En otras palabras, es representativo de la historia imperial cusqueña, pero de una versión. De una historia, hoy lo sabemos, que tenía no crítica de los males gobernantes sino el olvido de los mismos. Versión selectiva, minimalista, donde la inmortalidad del Gobernante dependía de quipus, quipucamayocs y una suerte de juicio de los muertos que hace recordar al de los antiguos egipcios con el alma mortal de los mortales. Esa auditoría post mórtem borraba si no de un plumazo, de un golpe de quipu, los incas indeseables, pero de paso lo preinca, la memoria de las provincias sometidas, y cuatro mil años de civilización andina. Para Garcilaso la historia es lo digno que se retiene, es la civilización, y no hubo otra que la Inca. Es historia dinástica, ejemplarizadora. «La versión de Garcilaso del Incario, no es ni falsa ni mendaz», dice Porras, sino «unilateral». Razonemos, no se le podía pedir al hombre que reclamaba el respeto al valor de esa herencia civilizadora que era la suya, y el derecho de los señores Incas posterior a la Conquista, fuera el mismo que la subvertiera. Eso vino después.

Aurelio Miró Quesada es el otro miembro de la trilogía de los garcilacistas historiadores. En su vasta bibliografía figuran diversos temas, Martín de Porres, Cervantes y Tirso de Molina, la ciudad de Lima, los viajes, pero a lo largo de su vida fue un constante estudioso de Garcilaso. Si Porras había hurgado en los archivos de Montilla, Miró Quesada halla el testamento de la madre, que encuentra en el Cusco en 1945, «en el archivo notarial a cargo de Don Oscar Zambrano Covarrubias».[8] Ese documento es pieza jurídica que prueba las disposiciones del joven Garcilaso en su partida del Cusco para hacer estudios en España, y que llega a arreglos con la madre, Isabel Suárez o Chimpu Ocllo. Ella le da unos pesos en oro que aumentan los 4 mil recibidos de manos de Antonio de Quiñones, alba-

cea de su padre, sacados de las disposiciones testamentarias del padre. En cambio, el joven Garcilaso cede a la madre una chacra de coca situada en Havisca «para su sustentación y alimento». El tema de los padres se cierra con ese hallazgo de Miró Quesada, puesto que en 1939, se revela, en las páginas de *El Comercio,* el testamento del padre, fruto del trabajo de Julián Santisteban Ochoa. Se había dicho de Garcilaso, por parte de sus detractores peruanos (particularmente Manuel González de la Rosa) que éste había ido a España a reclamar alguna merced, desheredado por el padre. Los papeles testamentarios dicen todo lo contrario, fechado el 3 de marzo de 1559, los cuatro mil pesos del Capitán Garcilaso, son para que el hijo estudie en España.

Hay un período, pues, de indagaciones sobre la vida de Garcilaso, sus circunstancias, las fuentes de la obra, las influencias, y en ellas, precisamente, brillan los trabajos de Aurelio Miró Quesada, por su meticulosidad, su precisión, su paciencia. Si erudito quiere decir instrucción, eso es lo que desprende de los trabajos que le dedica a Garcilaso, puesto que nos instruye sobre la decisión que toma en 1563, en que pudo volver Garcilaso a Indias, se había producido un permiso de licencia, pudo embarcarse pero en el galeón que zarpaba se hallaba a bordo el mismo licenciado Lope García de Castro, del que recibiera la negativa de mercedes pues descendía de un traidor, su padre, según los cronistas oficiales. No lo hizo. Por lo demás, ¿qué destino esperaba a Gómez Suárez en el Perú, ni encomendero, ni vecino, ni mestizo real con rentas, simple indio sometido? No vuelve, y decide «renacer, un nuevo destino y un nuevo nombre» (Miró Quesada). Sobre ese año decisivo, 1563, nos instruye, recordando que en los documentos rastreados por Porras, en las firmas en Montilla, «hay una reveladora transición» dice Miró Quesada, «Gómez Suárez de la Vega». El momento preciso en que firma «el Inca».

Miró Quesada nos sigue instruyendo cuando se ocupa de la relación del Inca, ya de vida española, con los Padres de la orden mercedaria. Nos instruye cuando comenta meticulosamente los libros de Garcilaso que una investi-

gación anterior, la de José de la Torre y del Cerro, de 1935, en Madrid, permitía abordar. Observa Miró Quesada las lecturas italianas de Garcilaso, su desdén por las ficciones en el Inca erudito, en efecto no poseía ni un solo libro de caballería. En cambio es notoria la predilección por la poesía. Además, el inventario de esos libros permite situar mejor la calidad de la traducción de *Diálogos de Amor de León Hebreo*, al lado de las otras, «ampulosas, retóricas», inferiores a las hechas por el Inca, y acaso por eso, la Inquisición la halló tan leal, que la prohibió. Importa mucho, en otro nivel de entendimiento de lo que encarna Garcilaso el Inca, esos autores y tratadistas italianos que figuran en el inventario y sobre los cuales se demora afortunadamente Aurelio Miró Quesada. Esas lecturas signan el destino ya no de mero historiador sino de reflexión sobre el sentido mismo de la historia humana en los años de la ocupada vejez. Había leído el Inca, entre otros libros de su personal biblioteca *La Retórica* de Aristóteles, *La Filosofía Natural* de Bruno Migliori y Giulio Cesare (también José Durand observó este hecho). No aparece en cambio Maquiavelo, no podía ignorarlo este Inca renacentista, y Miró Quesada da el silencio por desaprobación. Pero sí están los libros de Francesco Guicciardini, «su gusto por las máximas morales», por los *Riccordi politici e civili*, y el tema un tanto fatalista, dice Miró Quesada, por el destino, «la fortuna». A Guicciardini el Inca lo cita varias veces dice Miró Quesada, en *La Florida*, y el libro nono, «su galana historia». En fin, la instrucción de Miró Quesada sobre la obra y las formas históricas del Inca Garcilaso se continúan en sus observaciones sobre la asociación Roma y Cusco. Todo esto y mucho más se halla en las tres obras fundamentales que Aurelio Miró Quesada dedica al Inca, a saber, *El Inca Garcilaso* (Lima, 1945). El admirable prólogo de *Los Comentarios Reales,* (1959) edición en 3 volúmenes. *Y El Inca Garcilaso y otros estudios garcilacistas* (Madrid, 1971). Sendos trabajos son obra personal y a la vez la culminación de un período de garcilacismo clásico y erudito.

Insuperables en su género, los garcilacistas clásicos van a ser un tanto dejados de lado. Por dos razones. La primera es de orden político. Tiene que ver con la historia de las ideas políticas. Desde los años sesenta, los principios mismos de legitimidad cambiaron. Lo segundo es de orden estrictamente historiográfico, surge otra matriz de lectura del pasado, esta vez, pasado/presente. Y vino más bien de las ciencias sociales.

Explicar un cambio de imaginarios colectivos no es tarea simple. Lo abordaré, no obstante, comenzando por decir que pese a sus intenciones, los garcilacistas clásicos, no dejaban de proponer una forma de legitimidad. Su crisis es la de un ideal de un mestizo ideal, que quiérase o no, habita en sus obras. Por un tiempo, Garcilaso es un arquetipo de lo nacional logrado. Ese fue el mérito y el demérito de los garcilacistas clásicos. Por lo que siguió a su obra, fue un uso indebido, exagerado, por lo general de repetidores y epígonos. La simbolización del «peruano integral», permitía que cada quien jalase la manta de su lado. En ese terreno se puede situar el *Garcilaso, primer criollo* de Luis Alberto Sánchez (1943). Y no menos, por la versión acomodaticia a versiones utilitarias o regionalistas, el *Garcilaso Inka*, con K de Inka, de Carlos Daniel Valcárcel. O *El Garcilaso visto desde el ángulo indio*, de Luis E. Valcárcel (1939). Si los garcilacistas clásicos pensaron que su propuesta le daba a la nación un símbolo de sentimientos armonizados, se equivocaron. Habían empujado la esfera de las interpretaciones muy lejos por el lado de las dos culturas, el mestizo a la vez incásico, olvidando un par de cosas. Garcilaso no era un indio común, tuvo los privilegios de su origen. En segundo lugar, su vida transcurre largamente en Europa, en la España renacentista. Y así, lo de «hijo de capitán español y princesa inca», comenzó a hartar y sonar mal en un país cada vez más dado a la migración campo-ciudad, con revueltas campesinas, con masas, que pese a su diversidad, comenzaron a reconocerse plebeyamente chola y en nada elitarias. De ahí en adelante, el país se iba a reconocer en sus conflictos y no en mitos legitimadores de sincretismo. En sus diferencias. En

su conflictiva pluralidad. Es significativo que si hay un mito legitimador, desde la esencia popular y revolucionaria, será el de José Gabriel Condorcanqui, el rebelde sacrificado. Y en lo literario, el interés por César Vallejo, por José María Arguedas. No es que me agrade, pero mi deber es dar cuenta de los grandes desplazamientos en el imaginario social. Menos que a un Príncipe Triunfante, de alguna manera, se ama a los desplazados o vencidos.

Pero lo que también cancela dramáticamente esa primera lectura tradicional de Garcilaso son los cambios internos en las ciencias históricas y sociales.

Un intermedio. Murra y la etnohistoria

Después de interesarse por el Ecuador, hacia los años cuarenta, John Murra se interesa por el Perú andino. Murra va abordar los estudios sobre el pasado Inca de modo indirecto, a través de otras fuentes históricas. En discusión y colaboración con otros investigadores, esta vez peruanos (Emilio Choy, María Rostworowski) llega a la conclusión de que las crónicas, en general, como fuente de información, estaban agotadas. Y de ahí en adelante, no cesa de hallar, expurgar y editar fuentes coloniales sin duda más modestas, como las encuestas regionales en Chucuito (1964), Huánuco (1967-1972). Ellas le permiten ver y comprender el funcionamiento laboral del Imperio Inca, a través de las autoridades de la base social, la más próxima a la gente. En otras palabras, es a través de fuentes administrativas menores y no de las altas crónicas señoriales, dada la persistencia de usos y costumbres en el período colonial, como se llega a comprender «el modo de producción» inca. Pero lo decisivo es que Murra, no solo explicará la práctica productiva de los antiguos incas, sino la lógica viviente de las comunidades indígenas. Murra propone, como es sabido, un modelo explicativo, a partir del archipiélago andino, y de lo que denomina «un sistema de complementariedad y reciprocidad» que liga a unas comunidades con otras, sean a de altura o puna, de clima medio o quechua, o de tierras bajas. El sistema de Murra explica no solamente a los Incas

sino el presente. Su teoría tiene la elegancia y la economía de las grandes teorías científicas.[9]

La etnohistoria pone en escena realidades enterradas. Y en ese sentido, otra crónica emerge como la portadora de nuevos sentidos e interpretaciones. En la Biblioteca de Copenhague durmió cuatro siglos la crónica del indio Felipe Guamán Poma de Ayala, *Nueva Coronica y Buen Gobierno del Perú* (1615). Era una carta dirigida al Rey, acompañada de dibujos que revelaban la pésima situación de los indígenas. Guamán Poma tiene varios atributos que explican el interés que despierta. Es indio bilingüe, y vive y ve lo que ya no puede ver Garcilaso, la profunda desestructuración del mundo andino bajo el poder de curas, encomenderos y corregidores. No es sorprendente que el propio Murra se interesara en su publicación, y trabajara con otros en ese sentido, unos veinte años.

En suma, hay un momento en el siglo XX en que Garcilaso parece definitivamente atado a un pasado ligado al hecho conquistador y a las reivindicaciones de la élites desplazadas y vencidas, tanto los capitanes españoles (llegaron los funcionarios, no los títulos feudales) y los linajes dinásticos del antiguo Imperio, incorporados a lo sumo como caciques e indios nobles. Ruedas del gran aparato imperial de los Austria. Es decir, era asunto terminado, fuente cerrada. Sin embargo, no será así. Habrá para Garcilaso una segunda vida.

II. Los recientes garcilacistas

Bajo las aguas tersas del primer garcilacismo, el topo de la historia prosiguió su labor de zapa. Adviene una segunda corriente —lo hemos dicho en la introducción— que disminuye notablemente el interés por *Los Comentarios* como fuente y en cambio aumenta el valor de Garcilaso como caso literario y de conciencia. Advienen, pues, otros trabajos, otras lecturas, suficientemente diferentes como para justificar este segundo volante. Garcilaso suscitará un nuevo interés pero desde sus problemas de identidad, su existencia de mestizo abriéndose camino en la vida española del XVI, sus opciones, su renacentismo. En otras palabras, Garcilaso se

vuelve personaje. Importa ahora el escritor. Garcilaso como narrador había sido —no seamos mezquinos— atendido por los garcilacistas clásicos. Pero ese surco se ahonda en la lectura moderna, me atrevería a decir que acaso comienza, o mejor, recomienza, cuando en un trabajo de José Durand se asienta la idea de Garcilaso como C*lásico de América*. «El primer gran humanista, nacido en tierra americana» (1976).Tomar al Inca como un «clásico» no es un ditirambo más, es provocar un desplazamiento, hacia el Renacimiento entre otros espacios de significación, hacia el gran debate de la época, entre maquiavelistas y antimaquiavelistas. Es probable que muchos coincidan en lo que sostiene Carlos Araníbar, el ideal del Inca para gobernante es la un «Príncipe Cristiano», y visto desde ese ángulo, idealiza sus Reyes Incas. Puede ser. Pero lo decisivo, en la lógica interna de esta breve historia del garcilacismo, es que Durand lo coloca, al Inca, en un ancho campo de visiones filosóficas-históricas que ya no son las meras disputas entre cronistas toledanos o postoledanos de la historiografía tradicional.

¿Qué es, en efecto, un clásico? Alguien a quien cada generación lee de nuevo y de manera diferente. Así, desde los años ochenta del siglo XX, Garcilaso, en tanto que caso humano significativo, es atendido, no sucesivamente, sino al mismo tiempo, por la lingüística, por el psicoanálisis y por los estudios sobre los conflictos interculturales. Desde la lingüística y la literatura y la historia a Durand le continúa la profesora Raquel Chang-Rodríguez, en uno de sus trabajos sobre los problemas del coloniaje y la conciencia nacional (1982) y al mismo tiempo, los signos de «Armonía

y disyunción que se presentan en *La Florida del Inca»*, texto publicado por la *Revista de la Pontificia Universidad Católica del Perú* (1982). Pupo Walker insistirá en la vocación literaria, el papel de la profecía en los textos del Inca, en un trabajo publicado en Madrid (1982). Es entonces el trabajo de Julio Ortega, *el Inca y el discurso de la abundancia*, también editado fuera del Perú, en Caracas (1992). Lo mismo ocurre con José Rodríguez Garrido, quien trata de la identidad del escritor, en la *Revista Iberoamericana* (1995). Trabajos importantes, decisivos, pero una duda me asalta. Los problemas que suscita esta nueva aproximación, los de un escritor cogido en la dialéctica del uno y del otro, ¿pueden ser resueltos desde una disciplina aislada, desde los estudios literarios? La contribución del psicoanálisis resulta pertinente.

Memoria del bien perdido, de Max Hernández, es de 1991. El subtítulo es significativo: *conflicto, identidad, nostalgia*. Desde el primer capítulo, «En el umbral de dos mundos», hasta el último, «Rincones de soledad y pobreza», lo que emprende Hernández es una reconstitución de un proceso de experiencia. El trabajo se propone «dar cuenta de una indagación psicoanalítica». Hernández fue parte (es) de un grupo de trabajo interdisciplinario, Sidea, él y Moisés Lemlij, psicoanalistas, y por las ciencias humanas, Luis Millones y María Rostworowski. La eficacia simbólica de *Memoria del bien perdido* viene también de ese cruce de disciplinas y miradas.

Max Hernández avanza a la vez proponiendo y recogiendo indagaciones anteriores. *El amor indígena*, que invoca por el deseo de la madre por ese hijo mestizo, enlaza con los trabajos de Cornejo Polar y más atrás, con un cuento de Ventura García Calderón. Todo le es contado al Inca, como en un juicio, si no divino, humano. Que su padrino de bautizo fuera Francisco de Almendras, «hombre de a pie en Cajamarca» y que recibiera parte del rescate de Atahualpa. Hernández propone, finalmente, si tomásemos conciencia de la fecha

de su nacimiento y de sus circunstancias, de un Garcilaso dividido en tres personajes, «uno definido por el tiempo, otro por sus fantasmas, un tercero por el libre albedrío». El trabajo recorre los años de infancia, de adolescencia. Un capítulo decisivo, el VI, está consagrado a los nombres y su destino. En el oficio de escribir (capítulo IX) dice «Garcilaso fue adquiriendo lenta y laboriosamente las herramientas de su oficio». Al final, «novela familiar, mito individual, utopía del nuevo mundo», su trabajo va más allá de los límites de la historia, recordando a Durand, Max Hernández insiste que el propio investigador descubre sus carencias. Garcilaso no se agota en la cronología de sus libros, «complicada, engañosa», (cita a Durand) ni en los asuntos lingüísticos. Ni en el psicoanálisis. Él mismo, Hernández, confiesa que ese libro fue un autoanálisis.

La identidad en conflicto, el territorio de las mezclas, es el último capítulo de *Memoria del bien perdido* y el prefacio inesperado a otras indagaciones. En el 2005 aparece el trabajo de Mercedes López-Baralt, *Para decir al otro. El estatuto ficcional del narrador-testigo*, su estrategia discursiva conducen a otro sujeto de investigación. Al problema de la representación del sujeto postcolonial. Signo de esa otra manera de abordarlos son los estudios de Rolena Adorno, sobre *Crónicas, culturas criollas y poscolonialidad* (1996). Es la hora de los *Asedios a la Heterogeneidad cultural,* el título de un libro colectivo, compilado por José A. Mazzotti, junto con Juan Zevallos-Aguilar (1996). El mismo Mazzotti, poeta y profesor radicado en los Estados Unidos, publica otro libro, en Lima, pero editado por el Fondo de Cultura Económica que es mexicano, *Coros mestizos del Inca Garcilaso,* (1996). La postura de Mazzotti es muy clara. Los estudios sobre heterogeneidad cultural no vienen a añadir sentido a los estudios anteriores, sino a romper el paradigma del Inca como modelo perfecto de peruano ideal. «Resulta aberrante hablar de Garcilaso como de un adelantado de la nacionalidad peruana» sostiene en entrevista hecha por Paolo de Lima. Señala, en cambio, su regionalismo aristocrático de raíz cusqueña, su recepción de la historia que es la de un hombre de la élite cusqueña; su idealización del pasado incaico; su modelamiento de los

incas como gobernantes, dentro de *La Philosophia Christiana*, tendencia heredada del erasmismo del siglo XVI. En lo cual colisionaría con Carlos Araníbar que ve al Inca cristiano más bien dentro de la Escolástica y la Contrarreforma. ¿Erasmista u ortodoxo? Mazzotti lo ve también en contra de la razón de Estado del Estado absolutista de Felipe II, no es poco. *La metaotredad de los Comentarios Reales,* de Francisco Manzo Robledo, profesor de la Washington State University, es texto indicativo de esta nueva manera (2003).

Por metaotredad el investigador entiende como un reacomodo, bajo círculos internos dice, subdivisiones de la dominación (eso lo digo yo) en lo más externo del círculo los españoles, luego en los internos los mestizos, otro más interno los Incas y finalmente los «otros», los demás indígenas, que quedan a la merced del futuro incierto. Cita a Donald Castenien que en 1969 habría propuesto que este trato de Garcilaso resulta similar al que adoptaban los antiguos griegos. Otra prueba más que ante el asunto de «como gobernaron aquellos Reyes», de Garcilaso (libro I) se cruza el recuerdo con sus lecturas de otras barbaries y otras civilizaciones. Riesgos y prodigios de la sabiduría de un solitario pensador cusqueño en la Córdoba del siglo XVI. En la borrasca de ideas y debates del vertiginoso Renacimiento. Que también tocaba a España donde transcurre la mayor parte de su andadura humana.

Si la voz de Garcilaso es la de un «enunciador», no solo lo es como un hombre de Indias. Es hora de abordar el Garcilaso ya mayor, poseedor de saberes, providencialista, renacentista, platónico. Lo más importante de Garcilaso tal vez no sea ser el proveedor de información sobre el reino ideal o real de los Incas sino cómo se movía él en las fronteras mismas de una historia tensada por lecturas teológicas y filosóficas. En *Los Comentarios,* dirá Duviols, «la Providencia y el profetismo son los motores de la historia».

El providencialismo de Garcilaso no es novedad. Y en efecto, la examinaron diversos garcilacistas, como hace muy bien de señalar en el prólogo de la edición de *Los Comentarios Reales,* Ricardo González Vigil. Excelente prólogo por lo

demás. Ciertamente, el providencialismo fue notado desde «Menéndez Pidal, Miró Quesada, Durand, Carmelo Sáenz y Avalle-Arce». Pero por mi parte daré particular importancia al trabajo de Pierre Duviols, por las siguientes razones. En primer lugar, lo sitúa al interior de una edición extraordinaria, la de la *Encyclopédie Philosophique Universelle*, publicada por PUF, París, y donde ocupa, el texto de Duviols, la página 4297. No sé si me hago entender. Esa *Encyclopédie* es obra desmesurada de los franceses que abarca no solo la historia de la filosofía hasta nuestros días, en vastos volúmenes impresos en papel biblia. Abarca «*Los tiempos actuales*» incluyendo las *ciencias humanas* y los *saberes de otras civilizaciones.* Pues bien, nuestro Garcilaso está ahí. Conviene decirlo, en este IV Centenario. Al lado de pensadores no solo occidentales sino del Asia, la India, de América.

¿Y qué es providencialismo? ¿Qué significa que el Inca lo fuera? «Dos amores han levantado las ciudades (los reinos). El amor de sí hasta llegar al desprecio de Dios, la ciudad terrestre. El amor de Dios hasta llegar al desprecio de sí mismo, la ciudad celeste. Una se glorifica en sí misma, la otra en Dios» (*libro XIV, La ciudad de Dios*). Garcilaso conocía ese texto, como todos los humanistas de su tiempo. Pero no hay que tomar a San Agustín como un maniqueo, ambas ciudades, estaban estrechamente imbricadas. Agustiniano era pensar que las estructuras temporales de la ciudad terrestre podían permanecer según su buen uso. El ejemplo negativo fue Roma, para Garcilaso, para Maquiavelo, para todos los pensadores del XVI. Le debían la idea del Estado y la ley, pero también el vasto desorden de un milenio de fragmentado poder feudal. ¿Podían las Monarquías Cristianas escapar a la fatalidad del mal? Sí, siempre y cuando la fe cristiana, divulgada en otros reinos y ciudades terrestres, condujera a todos los pueblos

a «ese gran *sabat* donde no habría noche y no tendría fin» (XXII, 30). Entre los pueblos elegidos estaban los indios y mestizos y criollos del Reino del Piru. La «pax romana», fracasada, podía ser reemplazada por una «pax hispánica», siempre y cuando los equilibrios se restableciesen y se devolviera a los descendientes de los desposeídos señores cusqueños, rango y responsabilidades. La filosofía agustiniana no era solo, en su caso, contemplación, sino una práctica. El hombre mayor y sereno que es Garcilaso (aunque con un hijo en una criada) vive la recoleta vida de Sevilla y Córdoba no por azar. No hay que confundirlo con un estudioso de nuestro tiempo que se aísla para escribir; su aislamiento es otro, es recoleto a voluntad. Es praxis, no es solo teoría o pose. No es un criollo.

Para culminar, es bueno abordar las otras visiones del Inca Garcilaso, tónicas, recientes, venidos de europeos ajenos a nuestras querellas por momentos bizantinas. Garcilaso, así como ha dejado de ser un asunto de historiadores, tampoco lo es de peruanos o peruanistas. Ha entrado en otros horizontes y debates. Hay novedades en torno al Inca, y entre las muchas posibles, preferiré glosar y comentar un par de Carmen Bernand. Ambas excelentes. La primera «*Un métis dans le Vieux Monde*», capítulo de un libro en común con Serge Gruzinski. Esas páginas suyas son sorprendentes. Uno se puede preguntar qué se puede decir de nuevo sobre Garcilaso, el mestizo perdido en la España de los Austria en el XVI, y Bernand lo logra. Toca temas de su vida que se nos habían pasado, francamente: Garcilaso y los moriscos por ejemplo. Sí, esos moriscos, 300 mil de los cuales vivían en los alrededores de Granada y de Valencia, en su mayoría horticultores, artesanos. El Islam

había sido abolido desde 1526, pero la aristocracia se valía de esos moriscos, explica Bernand. El parangón entre moriscos vencidos e indios paganos es evidente. Algo más, parte de la burocracia real, gente como Pedro de la Gasca presidente de la Audiencia de Lima, el enviado de Carlos V que había combatido a Gonzalo Pizarro cuando su rebelión, había sido enviada a Valencia. Así, cuando el complot de los mestizos en Perú había sido vencido, Felipe II pone en marcha un decreto contra los moriscos. Los decretos eran redactados en *aljamiado,* es decir, castellano transcrito a letras árabes. Lo de la sierra de las Alpujarras no fue broma. El propio Felipe II se instala en Córdoba para seguir de cerca la campaña de su medio-hermano, Juan de Austria, bajo cuyo mando combate el joven Garcilaso, en un escuadrón de caballería. Y la pregunta surge sola, dolorosa ¿qué hace el mestizo Garcilaso, dejando Montilla, para combatir esos moriscos, él, el mestizo de América? ¿No eran acaso esos mismos rebeldes otras víctimas del mismo orden imperial de los Austria que en el Cusco aplastaba a los rebeldes mestizos?

En el texto de Bernand se hila, en filigrana, ese mundo complejo de renegados, hidalgos pobres, de armas y combates donde el cusqueño navegó como pudo. La profesora Bernand, desde su silla de la Sorbona, no tiene empacho en recordar el hijo que tuvo Garcilaso en Beatriz de Vega, «una sirvienta en la casona de los Vargas». Ni que el mestizo real, Gómez Suárez de Figueroa se trae de las Alpujarras «una esclava blanca, comprada a su amigo Silvestre», dedicado al modesto tráfico de bellezas turcas. ¿Habla mal la catedrática de nuestro Garcilaso? Habla de que fue un hombre de su tiempo, con los esplendores y miserias de la condición humana. Pero su juicio definitivo debe darnos a pensar. Garcilaso será «el mestizo que no reniega de sus dos linajes, que los asume», añade brillantemente, desde una silla de la Sorbonne. El segundo trabajo de Carmen Bernand es sobre *Un Inca platónico* (2005). Y se abre con esta sencilla y enorme pregunta: «¿por qué un gobierno teocrático como el de los Incas, radicalmente distinto en sus fundamentos a la sociedad europea, ha permitido pensar en términos políticos?». No habla de nosotros, habla de ellos. De cómo

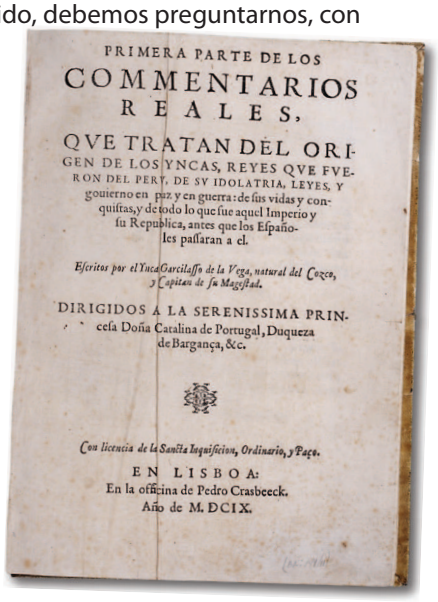
la narrativa garcilacista ha tenido la eficacia simbólica de inspirar a Campanella y su *Ciudad del sol*, a Rousseau, a la modernidad de los europeos.

En resumidas cuentas, renacentista, providencialista o platónico, este solo enunciado de escuelas filosóficas en el amanecer de la modernidad —y poco cuenta entonces si intentaba refutar a Gómara— es intentar ensayar otra cosa: la reglobalización de *Los Comentarios Reales*. ¿No ha dicho Croce que toda historia es una historia contemporánea? Vivimos una mundialización del saber. Y se revierten los términos usuales para interpretar sociedades y civilizaciones. A tal edad, tal historia. Nada puede verse aisladamente. Para situar esa nueva perspectiva (y como decía José Ortega y Gasset, todo es cuestión de perspectiva) es preciso algunas puntualizaciones. La primera, hasta el siglo XVI, hasta los grandes descubrimientos, la humanidad no pudo establecer una idea común. Pero a partir de 1492 el mundo deja de ser un amasijo de civilizaciones y culturas. Desde entonces, desde el XVI, hay un continuo proceso de roces, conquistas, prestaciones y contraprestaciones, que no ha cesado. Vivimos acaso por vez primera, una historia mundial, la de todos los hombres, lo dijo Octavio Paz.

La segunda idea es la que llamaré el principio Bourricaud. Sostenía —aquel profesor que nos conoció y describió de manera tan inteligente, humana e irónica— que toda sociedad por más hermética e introvertida que parezca, en todas existe, clara o no, la idea de lo universal.[10] Y en ese sentido, en algún momento, se tornan modernas. Si esto es así, no podemos resistirnos a una nueva lectura del Inca. De acuerdo con nuestro tiempo de globalización masiva. Hemos visto cómo lucha por su reconocimiento. Su paradoja es que a través de la adquisición de la cultura de los dominadores es como se emancipa. ¿No es acaso su castellano el del Siglo de oro español? Por lo demás, es un precursor. Quiero decir, que en esa mañana del mundo moderno, es sujeto transnacional, como ocurrirá con otros en los siglos venideros (Olavide, Prada). Es escritor y pensador de «identidades múltiples», esas que ahora, en nuestro días, resultan cada vez más frecuentes.

No podemos por eso seguir encerrándolo en concepciones particularistas, o indio o español. Las sobrepasa, las trasciende ¿De qué manera?

Estas líneas proponen que ese momento fue nuestro XVI y ese instante de conciencia de la modernidad que sugiere el profesor Bourricaud, visiblemente lo encarna aquel que se llama Garcilaso de la Vega el Inca. Pero pagando un precio terrible, vital, personal. Garcilaso es el primero de una larga lista, creativa, gloriosa y a menudo sufriente, de peruanos que partieron. Nuestra curiosa selección adversa. Es el precursor de una hilera de peruanos, del XVI al siglo XX, que tuvieron una relación de conflicto/asimilación con Occidente, visto como modelo, pero como modelo aborrecido y deseado, al que entran sin someterse, sino tras una labor de subversión. Y si esto tiene algún sentido, debemos preguntarnos, con la ocasión del IV Centenario, el sentido de otros itinerarios. El de César Vallejo, por ejemplo. No fue a escribir poemas solamente sino a cambiar la poesía misma, o sea, *Trilce*. Mario Vargas Llosa no fue a escribir novelas sino a modificar el modelo mismo de novela heredado de Flaubert o de Joyce. ¿Entonces, el escritor Inca? Garcilaso inventa un género que es biografía, reflexión histórica y personal reflexión. Por ello, que no se le convierta en un narrador, casi en un novelista. Efectos perversos en la mentalidad limeña del éxito (merecido) de Vargas Llosa. Pero no toda literatura es ficción, existe un género literario de meditación cuyo personaje son las ideas. De quien estuvo cerca fue de Montaigne. Algo tiene de ensayo ese cruce entre voz personal y comentario de lo vivido.


PRIMERA PARTE DE LOS
COMMENTARIOS
REALES,
QVE TRATAN DEL ORIGEN DE LOS YNCAS, REYES QVE FVERON DEL PERV, DE SV IDOLATRIA, LEYES, Y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles passaran a el.

Escritos por el Yuca Garcilasso de la Vega, natural del Cozco, y Capitan de su Magestad.

DIRIGIDOS A LA SERENISSIMA PRINcesa Doña Catalina de Portugal, Duqueza de Bargança, &c.

Con licencia de la Santa Inquisicion, Ordinario, y Paço.

EN LISBOA:
En la officina de Pedro Crasbeeck.
Año de M. DCIX.

Garcilaso, con todo, subvierte la teoría misma de los géneros. Para situarlo, hay que hacerlo en el cuadro en el que actuó, en la Europa del Renacimiento. Por eso el diagrama que acompaña este texto. Al lado de los grandes de su tiempo. De Pico de la Mirandola, por la insaciable fe en los estudios. Con Erasmo, Moro, Montaigne, Bacon, Galileo. Finalmente, no como un extraño dentro del mundo renacentista sino formando parte del mismo. Ese es su lugar. Y a la vez Cusco, Córdoba, Montilla. Universal.

Notas

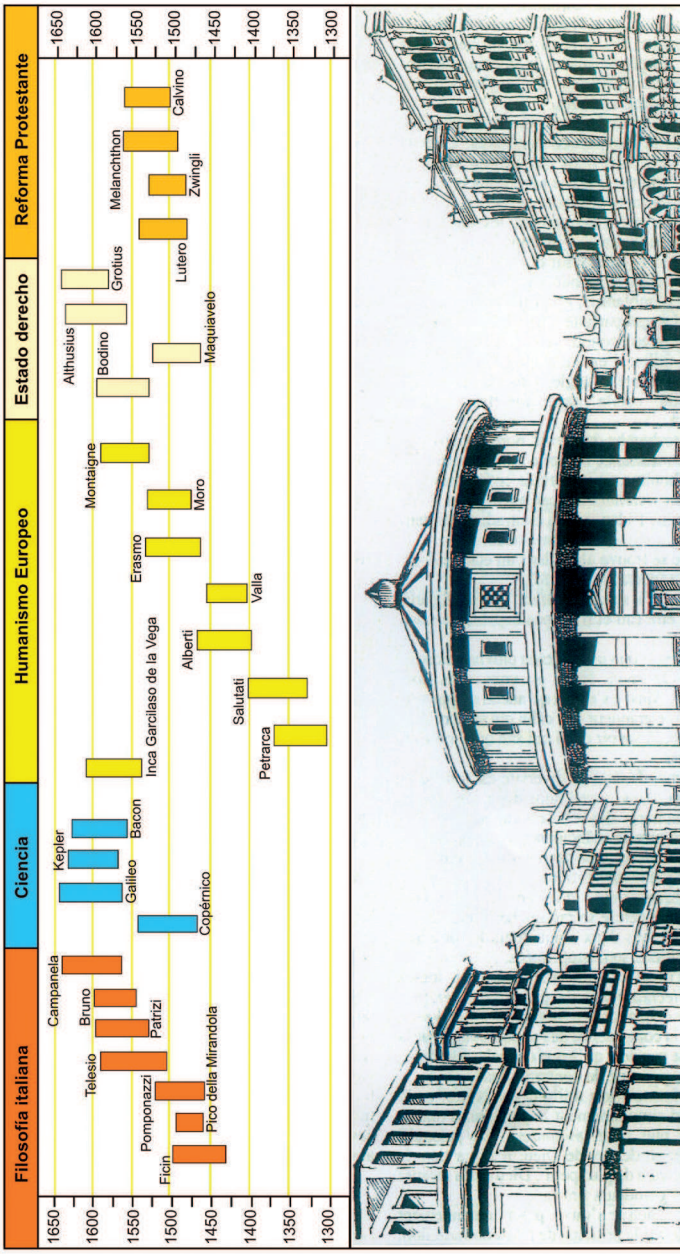
[1] Acaso por varias razones. La primera es que en su *Historia de la nación chichimeca*, de 1625, se encuentran rasgos similares a los de Garcilaso, es decir, una visión apologética del pasado precolombino, en su caso, el del antiguo México. Y también, ante el episodio doliente de la Conquista, una actitud similar, la de asumirlo como parte de un capítulo de la historia universal desde la perspectiva de una fatalidad cristiana conducente a una expansión sin límites de la fe por tierras y naciones. Y no le falta tampoco la idea de un prolongamiento mestizo de la historia, bajo el dominio español, tras el fin de Texcoco y del dominio azteca.

[2] En, Porras Barrenechea, Raúl. «El Inca Garcilaso de la Vega» en: *Cronistas del Perú*, Sanmartí y Cía, 1962, pp. 307 - 333.

[3] Duviols, Pierre, «Garcilaso de la Vega, dit L' Inca», en: *Encyclopédie Philosophique Universelle*. *Les Oeuvres Philosophiques*, *Dictionnaire*, tome I, Amérique du Sud, Chroniques, París, PUF, pp. 4297. 1992.

[4] Extraño poema histórico, el cual trata con igual respeto a aqueos y a troyanos, a vencedores y a vencidos. Se sostiene que los poemas homéricos son la obra de los aqueos, los vencedores, pero su respeto por los vencidos, por los troyanos, acaso se deba a que ellos mismos, los aqueos, vueltos de Troya, fueron a su vez víctimas de una invasión, y sintieron en carne propia el dolor y la humillación de la derrota. Por eso, el respeto del otro. El reconocimiento del coraje de Héctor, vencido por Aquiles. *La Iliada* reconcilia a los rivales, a los enemigos, en la común tragedia de la guerra y de la muerte.

[5] A partir de mediados del siglo XIX, la significación de los términos de historia, *histoire, history, storia,* se separan del uso en alemán, donde queda ese concepto, *Geschichte,* que trata de la historia no como sucesión sino como conocimiento. Incluso cuando decimos que algo es histórico en el sentido de excepcional, no es por eso *Geschichte*, hasta que no digamos por qué, precisamente, es excepcional. La verdad no está en


Filosofia italiana
Ciencia
Humanismo Europeo
Estado derecho
Reforma Protestante
1650
1600
1550
1500
1450
1400
1350
1300
Campanela
Bruno
Telesio
Patrizi
Pomponazzi
Pico della Mirandola
Ficin
Kepler
Galileo
Bacon
Copérnico
Inca Garcilaso de la Vega
Erasmo
Alberti
Salutati
Petrarca
Montaigne
Moro
Valla
Althusius
Bodino
Grotius
Maquiavelo
Lutero
Melanchthon
Zwingli
Calvino

los hechos sino en el resultado de un razonamiento. Cuando se vuelve ciencia histórica. En alemán, ambos conceptos, ciencia por un lado, y su conocimiento, organizado, sistemático, son una sola palabra.

[6] Porras Barrenechea, Raúl. *El Inca Garcilaso de la Vega en Montilla*. Lima, editorial San Marcos, 1955.

[7] Porras Barrenechea, Raúl. «El Inca Garcilaso de la Vega» en: *Cronistas del Perú*, Sanmartí y Cía, 1962, p. 322.

[8] Miró Quesada, Aurelio, «Apéndice», en: *El Inca Garcilaso*, Lima, Empresas Eléctricas, 1945.

[9] La etnohistoria en el Perú, según Pierre Bonte y Michel Izard, incluye a J. M. Arguedas, Rosalía Ávalos, Walter Espinoza, Fernando Fuenzalida, Luis Millones, Juan Osio, Franklin Pease, María Rostworowski y Stevano Varese. Cf. «L' anthropologie péruvienne», en: *Dictionnaire de l'Ethnologie et de l' Antropologie*, París, Presses Universitaires de France, 1991, pp. 58 – 59.

[10] Bourricaud, François. «Modernity, 'universal references', and the process of modernization», in, S.N. Eisenstadt (ed) *Patterns of modernization*, vol I, The West, 1987.